

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

¡Alegrías, cuántas alegrías!

Para ser correctamente leído el título de esta columna, tendrá que hacerse a voz en cuello y con esa habla gangosa que



es la propia de los vendedores de esta golosina.

He escogido este bravo título porque hoy me he topado con la pura alegría sin más, pero también sin menos. Esto tiene de notable la inteligencia femenina que suele ser aromada y alegre. Resulta que esta mañana de sábado, llegaron hasta mi celda de confinamiento dos sonrientes mujeres, María Amparo Casar y Lolita Béistegui. Sé que entraron por la puerta, pero mi

sensación es que descendieron de las alturas. Cada una de ellas es un florecido árbol de inteligencia; pero ya juntas son el festival de la neurona. Me quieren y las quiero, me conciernen, son asunto mío. Aquí estuvieron para sentarse tranquilamente y para darle curso a una plática caudalosa e interminable que incluyó desde la suerte de los Pumas en este campeonato, hasta la re-

visión de la política europea y las condiciones de los líderes que encabezan sus naciones.

Sentadas ahí, muy modestas, yo las imaginaba con un overol blanco con cachucha del mismo color y entregadas con brocha, andamios y escaleras a

¡pintar toda esta casa y a su único habitante (ese recuerdo de "El Prisionero de Zenda") de un

color marfileño, luminoso, cantador y encantador. Era, lo supe de inmediato, el color de la alegría que, ahora lo sé, ya la traía yo bastante percurrida. Agradezco a estas chicas el recordatorio de que lo mío, lo mío, es discernir y luego compartir con lectoras y lectores la alegría que abierta o solapadamente trae cada día de nuestras fugaces vidas. Súbitamente he recordado que a mí todo me da risa y que el hombre solemne es para mí un manantial de carcajadas. Creo que sólo así con un escudo de indomable felicidad se pueden enfrentar, por ejemplo, dos

ingresos a dos hospitales donde quien esto narra fue objeto de mayúsculas aunque terapéuticas iniquidades. Al cuerpo le molesta que se metan con él, salvo en los casos de deschongue erótico donde al final no sabe uno ni dónde le quedó el páncreas; pero esto, como bien se sabe, es paradrisimo.

Entonces, la alegría recuperada, mediante las artes de dos magas, como mi más íntima patria; así es que, lectora lector querido, yo he de agradecerles mucho que me avisen en el momento mismo en el que me esté poniendo intensito, apocalíptico y mamón. Como diría el Piporro: éste no es mi género, raza. Bien

mirado, hasta me parece rudeza innecesaria con el lector cargarlo de más pesadumbre, si ya de suyo está toreando este tortuoso año y nadando a contracorriente para no desaparecer en alguna coladera. No vine a este mundo para integrarme al coro de los chillones. A mí lo que me gusta es caminar por el lado soleado de la calle saludando cuates e inaugurando nuevas amistades como el apreciable número de amigas y amigos que hice durante mi doble estancia en Cardiología y en Nutrición. Es hora

de cantar las honras fúnebres de La Llorona y el llorón que, como mal bicho, se enquistó en el alma si no cuidamos a ésta con aseo frecuente y enérgico.

Terminada su tarea, María Amparo y Lolita recogieron sus andamios y se fueron. Yo me quedé para platicarles de la alegría y sus alrededores.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDCIX (1609)

La rata MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna restaurada, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

